



HAL
open science

Líderes y reyes del pueblo. Construir la autoridad a ras de suelo en revolución (Reino de las Dos Sicilias y España, 1848)

Pierre-Marie Delpu

► To cite this version:

Pierre-Marie Delpu. Líderes y reyes del pueblo. Construir la autoridad a ras de suelo en revolución (Reino de las Dos Sicilias y España, 1848). Hernández Quero Carlos; París Álvaro. La política a ras de suelo. Politización popular y cotidiana en la Europa contemporánea, Comares, pp.177-189, 2023. hal-04386182

HAL Id: hal-04386182

<https://hal.science/hal-04386182>

Submitted on 12 Jan 2024

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

LÍDERES Y REYES DEL PUEBLO. CONSTRUIR LA AUTORIDAD
A RAS DE SUELO DURANTE LA REVOLUCIÓN
(REINO DE LAS DOS SICILIAS Y ESPAÑA, 1848)

Pierre-Marie Delpu

Université Libre de Bruxelles

En gran parte de las sociedades europeas, las revueltas y revoluciones de la década de 1840 dieron lugar a una aceleración de la participación popular en la política¹. Junto a los principales acontecimientos de las insurrecciones, que fueron decididamente europeos a pesar de las diferencias de intensidad entre los países, hubo reacciones locales a la autoridad de los estados centralizados que establecieron la autoridad de figuras consideradas representativas de las demandas políticas, sociales o económicas arraigadas en un contexto local. Inscritas en la lógica de las politizaciones «ordinarias», revelan, más que la ideología o la cultura política de los insurgentes, las lógicas en juego en la creciente movilización de los actores populares². El Reino de las Dos Sicilias, que fue testigo de los primeros acontecimientos de la revolución de 1848 antes de que estallara el conflicto social y político en el verano de 1848, y España, donde se produjeron revueltas ocasionales en la encrucijada de una tradición democrática local y los movimientos revolucionarios internacionales, nos permiten observar la diversidad de estas prácticas³. Ambas sociedades, implicadas en un proceso común de nacimiento de la política moderna, estuvieron efectivamente expuestas a desarrollos convergentes, entre la afirmación de

¹ El modelo de «politización descendente», también conocido como «descenso de la política a las masas», ha sido favorecido durante mucho tiempo por la historiografía especializada. Véase Agulhon, Maurice, *La République au village. Les populations du Var de la Révolution à la II^{me} République*, París, Seuil, 1970.

² JUDGE DE LA RIVIÈRE, Claire y WEISBEIN, Julien, *Dire et faire le commun. Les formes de la politisation ordinaire du Moyen Âge à nos jours*, dossier monográfico, *Politix*, n°119, 2017/3.

³ En el caso del Reino de las Dos Sicilias, véase DELPU, Pierre-Marie, *Un autre Risorgimento. La formation du monde libéral dans le Royaume des Deux-Siciles 1815-1856*, Roma, École française de Rome, 2019, y Buttiglione, Antonio, *La Rivoluzione in «periferia». Movimenti popolari e borghesia nelle Due Sicilie (1830-1848)*, tesis doctoral, Università della Tuscia di Viterbo, 2018. En el marco español, véase GARCÍA DE PASO GARCÍA, Ignacio, «El 1848 español. ¿Una excepción europea?», *Ayer*, n°106, 2017/2, p. 185-206.



la centralización estatal y el despliegue de prácticas autoritarias de mantenimiento del orden que afectaron particularmente a las oposiciones progresistas y democráticas⁴.

En ambos casos, las autoridades populares consagradas por las insurrecciones se definieron en oposición a estas autoridades instituidas. Aparecen a través de la documentación policial y judicial, la prensa y la producción política publicada, que revelan complejas concepciones de la política que estuvieron en continuidad o rompieron con la percepción monárquica dominante que identificaba la autoridad con el mantenimiento del orden. Los discursos policiales y mediáticos tendieron a deslegitimar a las autoridades establecidas por los revolucionarios, dudando entre el aspecto anárquico que atribuían a las revueltas y el carácter a priori organizado de las conspiraciones⁵. Las autoridades revolucionarias fueron, de hecho, un estado de transición de la política: formaron una etapa específica entre la situación rutinaria marcada por el poder monárquico y la legislación excepcional de los regímenes revolucionarios. Sin plasmarse necesariamente en forma de poderes específicos, estas autoridades eran sobre todo la expresión de un liderazgo y no estaban destinadas a establecerse en el largo plazo⁶. Expresaban tanto una necesidad práctica, la de orientar y construir la revolución, como las reivindicaciones de una parte de las sociedades locales contra los regímenes establecidos. La erección de autoridades revolucionarias se integró así plenamente en el repertorio de acción de los insurgentes. Los diversos estatus que los contemporáneos les atribuyeron —los llamaron jefes, diputados y, a veces, reyes— plantean la cuestión de las realidades prácticas que cubrían, entre el patrocinio de la insurrección y la transferencia de la autoridad a las comunidades locales.

Por lo tanto, es necesario situar estas figuras de liderazgo no institucionales en los mecanismos más amplios de la autoridad en el siglo XIX, que los estudios recientes han puesto de relieve⁷. El proceso de desarrollo y establecimiento de autoridades revolucionarias se basó inicialmente en la percepción popular de la autoridad. Se basó esencialmente en estrategias de legitimación destinadas a obtener el reconocimiento de la influencia de los actores implicados en las comunidades locales. La construcción de poderes disidentes, particularmente visible en las Dos Sicilias en el verano de 1848, fue tanto la culminación como un caso límite de este proceso.

⁴ En el nacimiento de la política moderna, véase LA PARRA, Emilio *et alii*, *El nacimiento de la política en España (1808-1869)*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2012. En la mirada comparativa entre el Reino de las Dos Sicilias y España, véase De Lorenzo, Renata, «España y el Reino de las Dos Sicilias : comunicación y competición de espacios simbólicos durante la restauración», *Historia Constitucional*, n°20, 2019, p. 117-139.

⁵ En el caso de las Dos Sicilias, véase Di Fiore, Laura, *Gli invisibili. Polizia politica e agenti segreti nell'Ottocento borbonico*, Nápoles, FedOA, 2018.

⁶ En el liderazgo, véase MEES, Ludger y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé-Manoel (coord.), *Nacidos para mandar. Liderazgo, política y poder: perspectivas comparadas*, Madrid, Tecnos, 2012.

⁷ Véase particularmente, en el caso francés, Karila-Cohen, Pierre (coord.), *Faire autorité dans la France du XIX^e siècle*, dossier monográfico, *Le Mouvement Social*, n°224, julio 2008.

I. PERCEPCIONES POPULARES DE LA AUTORIDAD

A diferencia de los canales institucionales que identificaban la autoridad con actores instituidos, los círculos revolucionarios consagraron el liderazgo de actores identificados con una imagen de autoridad. Las representaciones colectivas, que la documentación permite identificar, revelan legitimidades multifacéticas, consideradas como representación de los intereses y reivindicaciones de los actores civiles. Estos últimos se anclaron así en lógicas de politización que, en las Dos Sicilias como en España, se construyeron en la conflictividad⁸. Los mismos procesos que describieron existieron al mismo tiempo en otras sociedades occidentales post-revolucionarias, dando lugar al desarrollo de líderes con autoridad informal, contruidos por sus contemporáneos⁹. Las múltiples concepciones de la noción muestran la distancia entre las formas institucionales y ordinarias de la política, en un contexto de adhesión diferenciada a la modernidad política posrevolucionaria¹⁰. El caso del Reino de las Dos Sicilias muestra que la autoridad percibida se unió al horizonte de identidad en el que se encontraba la mayoría de la población civil. Lejos de identificarse sistemáticamente con la nación —categoría aún incierta, definida por algunos a escala del reino en torno al contrato tácito entre los súbditos y su rey, por otros a escala más amplia de la península italiana—, la mayoría de las veces estaba anclada en espacios políticos locales marcados por un antiguo faccionalismo. En el conjunto del reino, se construyó en torno a la comuna, el distrito, a veces un valle o una subregión, con mayor valor identitario que la comunidad nacional, que tenía poco valor evocador para la mayoría de los súbditos del reino. La primacía de los lazos comunitarios locales sobre los contruidos a escala nacional explicaba las formas espontáneas de estructuración de la sociedad, que transformaban a los intermediarios del cuerpo social, poseedores del poder de influencia o de la fuerza armada, en depositarios de la autoridad real.

Estas autoridades percibidas estructuraron la creciente oposición a los poderes centralizados. En la periferia de las Dos Sicilias, las revueltas locales se desarrollaron en torno a la fiscalidad cada vez más pesada impuesta por el Estado central y la gestión de las tierras comunes. Este movimiento, que sus protagonistas calificaron de *rivindica*, tomó forma en la década de 1840 y culminó en la primavera y el verano de 1848. Formaba parte de una tradición federalista heredada de la época moderna, que se extendió en la

⁸ En el caso de las Dos Sicilias, DELPU, Pierre-Marie, *Un autre Risorgimento...* En el caso español, Aquillué Domínguez, Daniel, *Armas y votos. Politización y conflictividad en España 1833-1843*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2020.

⁹ Por ejemplo y en el marco de la España de la década anterior, AQUILLUÉ DOMÍNGUEZ, Daniel, «Líderes populares y bandas políticas en la Zaragoza de 1835-1843. El caso de Melchor de Luna «Chorizo»», *xix y Veinte*, n.º 13, 2017, p. 114-115. En el caso de América latina, véase Penry, Sarah Elizabeth, *The People are King. The Making of an Indigenous Andean Politics*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

¹⁰ En el concepto de líder en el siglo XIX, véase KARILA-COHEN, Pierre, «Une histoire sans les chefs est-elle possible ? Pour une histoire concrète des relations d'autorité», *Genèses*, n.º 91, 2013, p. 118-136.

primera mitad del siglo XIX, incluso en la teoría política del sur de Italia¹¹. En Calabria, donde constituyó una de las principales vías de oposición a la monarquía de Fernando II, fue un medio de reivindicar la autonomía local frente a un poder que se consideraba distante y vertical, calificado de *malgoverno* en la continuidad de una amplia tradición italiana. Más que la cuestión de la centralización o del federalismo, este movimiento planteaba el problema de la apropiación de la política, que se realizaba principalmente a través de los canales ordinarios y a nivel local. En estas condiciones, las movilizaciones populares establecieron la autoridad de familias con reconocida influencia local. En Calabria, los Romeos, en la provincia de Reggio, y los Mauros, en la de Cosenza, fueron especialmente representativos por su participación en las sucesivas revueltas que vivió la región desde la década de 1820¹². El peso de las familias locales también se encuentra en España, donde su influencia local fue uno de los vectores de la movilización de los hombres. En la provincia de Huesca, la revuelta republicana que se gestó a partir de octubre de 1848 se organizó en torno a la influencia local de la familia Abad en los dos principales focos de la revuelta, los municipios de Egea de los Caballeros (Manuel Abad, principal impulsor de la revuelta, y su hermano Manuel) y Huesca (Félix Abad, emparentado con ellos). En los pueblos de la provincia, los 134 insurrectos seguían vinculados a las familias influyentes. Mariano y Santos Francés en Egea, Fernando y José Manuel Martínez, Juan y Lucás Casamayor en Sádaba se encontraban entre los principales insurgentes, con la legitimidad que les daba su influencia local¹³.

La función protectora que estos actores ejercían sobre sus coetáneos contribuyó en gran medida a la percepción de su autoridad. En Nápoles, Francesco Gaetano Labonia, al que fuentes policiales calificaron de «líder vecinal ardiente (*caporione ardente*)», ejercía un vínculo clientelar con parte de la población del barrio de San Carlo all' Arena en el que vivía. Elegido concejal en 1846, promovió a varios hombres de la familia liberal Mango al rango de oficiales de la Guardia Nacional en los primeros meses de la revolución de 1848¹⁴. El recurso a los actores de influencia local se explica por la ruptura del contrato moral entre el poder central y una parte de la población civil expuesta a su autoridad. En Calabria, estas legitimidades alternativas formaban parte de la continuidad de una práctica de protesta popular arraigada en la larga historia de la era moderna, la «guerra contra los tiranos», una oportunidad para hacer valer las reclamaciones civiles contra los potentados locales, cuyos administradores estatales se hicieron cargo¹⁵. La construcción de autoridades alternativas

¹¹ BUTTIGLIONE, Antonio «“Il principio santissimo della libertà dei municipi»: rivoluzione repubblicana, autogoverno e radicalismo rurale nella Calabria del 1848», *Il Pensiero mazziniano*, n.º74, 2019, p. 29-33.

¹² Sobre la trayectoria de Domenico Mauro, véase CINGARI, Gaetano *Domenico Mauro. Romanticismo e democrazia nel Risorgimento*, Lungro, Marco, 2001.

¹³ Archivo Histórico Provincial de Huesca, Torres Solanot, F-46/16.

¹⁴ Archivio di Stato di Napoli (en adelante ASNA), Interno, b. 41, f. 266.

¹⁵ CECERE, Domenico, *Le armi del popolo. Conflitti politici e strategie di resistenza nella Calabria del Settecento*, Bari, Edipuglia, 2013.

se llevó a cabo mediante la creación de comités revolucionarios, a veces apoyados por parte de la élite administrativa local, como el comité Ricciardi en Cosenza, apoyado por Tommaso Cosentini, intendente de la provincia¹⁶. La capacidad de protección explica la legitimidad percibida de los actores capaces de apoyar y cuidar el cuerpo social. En España, uno de los principales líderes de la revuelta de Alicante de mayo de 1848, Manuel Masip, derivó su influencia de su condición de médico, que le permitió atender voluntariamente a algunos de los insurgentes en el Valle de Sagunto¹⁷. Por lo tanto, la capacidad de satisfacer las necesidades de la población local, ya sean sanitarias, económicas o de seguridad, era un elemento central en la legitimación de los líderes locales.

Junto a estas cualidades, el carisma y la gloria de las armas eran elementos constitutivos centrales de la autoridad percibida. Se situaron en la continuidad de un poderoso imaginario del heroísmo, heredado del Romanticismo, que promovía figuras de masculinidad combativa¹⁸. En España, la figura del «Duque de la Victoria» Baldolomero Espartero, exiliado en Inglaterra en 1843, siguió siendo un referente en los círculos progresistas. En Zaragoza, en la víspera del aniversario del ataque a la ciudad por parte de los carlistas en 1838, un ebanista talló un busto de madera del antiguo regente, que la policía le pidió que quemara durante un allanamiento en su taller¹⁹. Los mismos procesos que construyeron la identificación con figuras consideradas tutelares presidieron el reconocimiento de la autoridad de los líderes revolucionarios. Durante los motines de Madrid de finales de marzo de 1848, uno de los líderes de la insurrección, Modesto Escosura, empleado del Ministerio de Gobernación, vio reforzada la imagen de su valor militar tras ser herido en la pierna derecha durante el motín, de la que fue amputado pocos días después²⁰. Resortes similares contribuyeron a la influencia de los líderes revolucionarios provinciales. En Sevilla, durante el levantamiento del 13 de mayo de 1848, fueron sus cualidades militares las que permitieron al comandante Portal imponerse al frente de los sublevados. La prensa de la época recordaba su origen familiar —hijo del general Ocaña— y sus hazañas de armas, al tiempo que mencionaba su continua participación en varios pronunciamientos en las décadas de 1830 y 1840²¹. Otros periódicos, como el *Heraldo*, destacaron que estos antecedentes le otorgaban capacidad de mando sobre los hombres, lo que le hacía capaz de liderar la sedición²².

¹⁶ BUTTIGLIONE, Antonio, «1848: Sfera pubblica, movimenti popolari e borghesia radicale nelle Calabrie in rivoluzione», *Società e Storia*, n.º167, 2020, p. 29-61.

¹⁷ *La Esperanza*, 17 mayo 1848, p. 2.

¹⁸ En el caso español, CHUST, Manuel y MÍNGUEZ, Víctor (eds.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Valencia, Universitat de València, 2003; en el caso italiano, MASCILLI MIGLIORINI, Luigi, *Il mito dell'eroe. Italia e Francia dopo la caduta di Napoleone*, Nápoles, Guida, 1983.

¹⁹ *El Clamor Público*, 7 marzo 1848, p. 2 et 3.

²⁰ *El Católico*, 29 marzo 1848, p. 7.

²¹ *El Popular*, 16 mayo 1848, p. 1 y 19 mayo 1848, p. 1.

²² *El Heraldo*, 17 mayo 1848, p. 6.

Para el periódico carlista *La Esperanza*, fue precisamente su carisma el que contribuyó a la expansión del movimiento entre los insurgentes²³.

El carisma personal apoyó así los vínculos de protección fundacional de las autoridades políticas percibidas, a través de títulos y funciones atribuidos espontáneamente a ciertos actores, en ausencia de toda base legal o institucional. En 1848, dos figuras locales con gran influencia en los distritos centrales de Nápoles, Pasquale Merolla e Ignazio Turco, fueron proclamados «diputados del pueblo (*deputati del popolo*)», aunque ninguno de ellos fue elegido oficialmente diputado ni se presentó a las elecciones municipales que tuvieron lugar en el reino en la primavera de 1848²⁴. Los «reyes del bajo pueblo (*re del popolo basso*)» instituidos en varias periferias del Reino de las Dos Sicilias para articular la oposición al rey, principalmente en el verano de 1848, iban en la misma dirección²⁵. Revelan una concepción del poder propia del universo posrevolucionario, donde la realeza de la tradición cristiana fue sustituida por el carisma del hombre providencial que encarnaba las aspiraciones colectivas de la comunidad. En estas condiciones, los actores consagrados eran principalmente las élites locales o los oficiales del ejército: su sociología revelaba la escasez de figuras verdaderamente populares, que tenían más bien una función de apoyo a las autoridades revolucionarias. En las Dos Sicilias, por ejemplo, la «burguesía roja», formada por pequeños propietarios y representantes de las profesiones liberales que habían adquirido una cultura política democrática, desempeñó un papel central en la estructuración de los opositores a la centralización monárquica²⁶. En el léxico de los poderes establecidos, estos actores fueron constantemente deslegitimados, destacando su condición de usurpadores, en la continuidad de un antiguo debate sobre la legitimidad de los poderes establecidos que tuvo sus principales manifestaciones en la época del Congreso de Viena de 1815. En las Dos Sicilias, el léxico utilizado criminalizaba a los líderes revolucionarios junto a los *attendibili*, sospechosos sujetos a la vigilancia del Estado por haber participado en formas de sedición. En España, sus denominaciones alternaban entre el término positivo «caudillo», utilizado por los partidarios de las revueltas, y el peyorativo «cabecilla», comúnmente utilizado en las fuentes del poder²⁷. Estas caracterizaciones variables plantean la cuestión de las estrategias de legitimación aplicadas por los revolucionarios para consagrar la autoridad de sus dirigentes.

²³ *La Esperanza*, 17 mayo 1848, p. 4.

²⁴ ASNA, Alta Polizia, b. 18, f. 85.

²⁵ DELPU, Pierre-Marie, «Des monarchies alternatives. Souverains de village et «rois du bas-peuple» dans le Royaume des Deux-Siciles (1848)», *Parlement(s). Revue d'histoire politique*, n.º 31, 2020/1, p. 199-214.

²⁶ BUTTIGLIONE, Antonio, «1848: Sfera pubblica...».

²⁷ *Boletín Oficial de la Provincia de Huesca*, 1.ª noviembre 1848, p. 1.

II. LAS FORMAS DE LA LEGITIMACIÓN

De acuerdo con uno de los principales modelos de ejemplaridad de las sociedades decimonónicas, la legitimación de las autoridades revolucionarias se basaba principalmente en el triunfo militar y en la capacidad de levantar hombres. La importancia de ambos factores aumentó con la intensa conflictividad social y política que vivieron las Dos Sicilias y España a lo largo del siglo XIX, especialmente en forma de conflictos civiles²⁸. En España, en particular, estos conflictos fueron una oportunidad para proclamar las demandas del pueblo, a través de la práctica del pronunciamiento, que se desarrolló a finales del siglo XVIII y del XIX y se amplió considerablemente en la década de 1840²⁹. Este modelo de toma del poder por la fuerza, entonces habitual en el mundo liberal español, se unió a otras expresiones de rebeldía, como el motín militar y el golpe de Estado. Explicó la fácil construcción de círculos revolucionarios en torno a figuras militares gloriosas. Además del caso de Portal en Sevilla, el caso de Manuel Abad parece emblemático. Oficial del ejército y republicano, en el otoño de 1848 se convirtió en el líder del partido «Libertad», que pretendía organizar la oposición al rey defendiendo la opción republicana. Sus funciones militares facilitaron el apoyo que le brindaron los insurgentes de la provincia de Huesca, organizando el levantamiento del 31 de octubre de 1848. En la mayoría de las insurrecciones de la época, las habilidades militares fueron una de las herramientas de mando más decisivas. En Sevilla, el periódico *El Popular*, desfavorable a la revuelta, recordaba en mayo de 1848 que Portal comparaba su autoridad con «el otro jefe de los insurgentes, un tal Gutiérrez, hábil oficial», al tiempo que recordaba la importancia de este criterio, percibido como una verdadera vía de legitimación. Una de las críticas que se le hizo a Portal fue precisamente la de sus habilidades, por lo que «algunos lo consideran más un oficial de administración que de espada»³⁰.

Este «método español de hacer las revoluciones»³¹ tuvo tempranas transposiciones al espacio italiano. Se desarrolló especialmente a principios de la década de 1820, cuando condujo al éxito temporal de la revolución napolitana y, en menor medida, a la revuelta piamontesa, y siguió utilizándose en las revueltas de las Dos Sicilias, sobre todo en la década de 1840, cuando algunos demócratas se convirtieron en portadores

²⁸ Para una mirada global, véase Pinto, Carmine, «Crisis monárquica, guerras civiles, naciones posimperiales: una interpretación de los espacios borbónicos y de sus herencias (1792-1914)», en RENATA DE LORENZO, ROSA ANA Gutiérrez Lloret (coord.), *Las monarquías de la Europa meridional antes el desafío de la modernidad (siglos XIX y XX)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020, p. 259-279.

²⁹ Según las estimaciones citadas por Eduardo González Calleja, sólo en el período 1843-1848 hubo cerca de 40 pronunciamientos y en el período 1814-1854, 300. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, *Política y violencia en la España contemporánea*, vol. 1, *Del Dos de Mayo al Primer de Mayo (1808-1903)*, Madrid, Akal, 2020, p. 268.

³⁰ *El Popular*, 20 mayo 1848, p. 1.

³¹ CARR, Raymond, *España 1808-1975*, Barcelona, Ariel, 1985.

de las reivindicaciones populares contra la monarquía. La extensión de las tradiciones insurreccionales locales hizo que la precedencia de las luchas revolucionarias fuera otra herramienta de legitimación decisiva. En particular, justificó los nombramientos para cargos informales de reyes del pueblo, que fueron cada vez más numerosos a partir del verano de 1848. Fue su pasado revolucionario el que permitió a Francesco Greco acceder a este cargo, al haber participado, junto a los insurgentes calabreses, en la resistencia armada local contra la ocupación militar francesa en 1806, y luego en la revolución de 1820-1821 como *carbonaro*. Como se le consideraba capaz de defender al pueblo calabrés contra las presiones ejercidas sobre él por la monarquía borbónica, Greco parecía ser un gobernante natural para el pueblo de la provincia de Cosenza³². Del mismo modo, en los círculos democráticos españoles, la participación en pronunciamientos anteriores se consideraba legitimadora. En Sevilla, *El Popular* recordó que los partidarios de Portal se apoyaron en su participación en los sucesivos pronunciamientos, de los que estima que fueron al menos siete. El mismo pasado insurreccional se atribuyó a Gutiérrez, cuya participación en las juntas esparteristas de 1843 fue recordada por el mismo periódico³³. En Alicante, uno de los partidarios de Manuel Masip, Tomé, fue aclamado por su participación en las revueltas del Maestrazgo³⁴. La anterioridad de las luchas revolucionarias constituía así una garantía de apoyo a los insurgentes, capaz de protegerlos contra las prácticas de poder percibidas como abusivas. Las figuras proclamadas por los insurgentes aparecían así como liberadoras y protectoras. En la localidad calabresa de San Lucido, un oficial del pueblo, Carlo Manes, fue aclamado en el otoño de 1848 como capaz de desempeñar funciones reales³⁵. El vínculo de protección, al compensar las deficiencias de la política del Estado central, fue así una de las principales formas de legitimación de las autoridades revolucionarias.

La institución de este último se basó en la percepción de que el poder no existía o que el poder central estaba supuestamente vacante. Procedía de las prácticas de derrocamiento de las autoridades establecidas, que a veces se basaban, sobre todo en las Dos Sicilias, en la destrucción ritual de las imágenes del poder. Los retratos de la pareja real, las banderas, los escudos de la monarquía y los decretos reales expuestos en los espacios públicos fueron objeto de prácticas de iconoclastia. Estas prácticas fueron especialmente frecuentes en las provincias calabresas, donde los juicios políticos revelaron un número mínimo de 575 súbditos acusados de estas destrucciones³⁶. Se produjeron otras prácticas sacrílegas, vinculadas a la deslegitimación de un poder real

³² Archivio di Stato di Cosenza (en adelante ASCS), Intendenza, Processi politici, b. 12, f. 66.

³³ *El Popular*, 19 mayo 1848, p. 1.

³⁴ *La Esperanza*, 17 mayo 1848, p. 4.

³⁵ ASNA, Archivio Borbone, b. 1044, f. 38, *ad nomen*.

³⁶ DELPU, Pierre-Marie, «Les acteurs populaires face aux images de la monarchie. Autour de l'iconoclasme révolutionnaire dans les Calabres (1848)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 52/1, 2022, pp. 93-114.

percibido como usurpado. En Basilicata, en junio de 1848, dos sacerdotes bautizaron un carnero y una vaca con el nombre del rey y la reina, los sacrificaron, los asaron y los sirvieron en un banquete de protesta³⁷. En la ciudad calabresa de Castelvetere, en el mismo mes, uno de los propietarios del municipio, Ilario Scutari, llamó a la ejecución pública de los súbditos que se negaran a derribar las proclamas reales colocadas en las paredes del municipio³⁸. Estas prácticas reflejaban intentos de destruir simbólicamente la monarquía, pero a veces se presentaban como respuestas a un estado de cosas. En la primavera de 1848, un súbdito calabrés, Estanislao La Mensa, difundió el rumor de que el rey Fernando II había sido depuesto y hecho prisionero³⁹.

El caso del Reino de las Dos Sicilias muestra cómo se entronizaron las autoridades revolucionarias. Los sacerdotes de los pueblos, comprometidos en gran medida con la revolución, se hicieron cargo de ellos y fueron intermediarios decisivos con la población civil. En el pueblo calabrés de Fuscaldo, Giovanni Battista Carnevale, el líder revolucionario local, recibió el título de rey en la iglesia del pueblo en julio de 1848 por uno de los párrocos. Dicho nombramiento formaba parte de un ritual carnavalesco, escenario habitual en las revueltas populares desde la época moderna, donde los héroes populares eran consagrados con un título real⁴⁰. En el caso de Carnevale, la iniciativa surgió al final de la destrucción ritualizada de un busto del rey, transportado a la plaza del pueblo y convertido en un espectáculo para la comunidad local. Junto con la marcha de algunos habitantes del municipio al campamento de los rebeldes de Paola, una estructura disidente formada por opositores a la autoridad real, mostró cómo los derrocamientos de la autoridad podían ser avalados por el clero⁴¹. Otros casos revelaron el apoyo directo de los sacerdotes locales a las autoridades revolucionarias, mediante la predicación politizada o el apoyo en la recaudación de fondos para la insurgencia.

Más ocasionalmente, los líderes revolucionarios obtuvieron su legitimidad del apoyo de patrocinadores extranjeros. En las Dos Sicilias, sin ninguna prueba de tal apoyo, los insurgentes atribuyeron su movilización a los republicanos franceses, algunos de los cuales se presentaban como partidarios del pretendiente de la familia Murat que había gobernado el reino durante la época napoleónica, o a los liberales británicos que habían ocupado militarmente Sicilia en la misma época⁴². Los mismos mecanismos contribuyeron a la legitimación de los líderes revolucionarios españoles, especialmente durante la insurrección de Sevilla en mayo de 1848. El movimiento auspiciado por el comandante Portal se benefició del apoyo británico, que no pretendía tanto apoyar

³⁷ ASNA, Alta Polizia, b. 640, f. 2563.

³⁸ Archivio di Stato di Reggio Calabria (en seguido ASRC), Atti di Polizia, b. I, f. 1, *ad nomen*.

³⁹ ASNA, Archivio Borbone, b. 1044, f. 38, *ad nomen*.

⁴⁰ Por ejemplo y en el caso francés del siglo XVI, véase LE ROY LADURIE, Emmanuel, *Le Carnaval de Romans. De la Chandeleur au Mercredi des Cendres 1679-1580*, París, Gallimard, 1979.

⁴¹ ASNA, Archivio Borbone, b. 1044, f. 38, *ad nomen*.

⁴² DELPU, Pierre-Marie, *Un autre Risorgimento...*, p. 325.

su autoridad personal como alimentar un movimiento de protesta en Andalucía que pudiera servir a los intereses directos de Gran Bretaña, establecida en Gibraltar desde el siglo XVIII. El embajador inglés Henry Bulwer, a quien los testigos también han atribuido un apoyo más o menos claro a los insurgentes de Madrid de marzo de 1848⁴³, habría apoyado las insurrecciones de Sevilla y, en menor medida, de Granada en mayo de 1848. Aunque no es posible verificar si este apoyo era real, la prensa lo mencionó regularmente, refiriéndose a los vínculos del Comandante Portal con Gibraltar, de donde se decía que partían barcos de bandera inglesa que realizaban maniobras presentadas como sospechosas. Esto último alimentó los temores de que Bulwer estuviera «agitando, calentando, pagando la revolución, protegiendo y escondiendo a los fugitivos, sujetos a los que el gobierno buscaba por haber sido revolucionarios»⁴⁴. Asimismo, en Huesca, las autoridades locales estaban preocupadas por el posible apoyo francés al movimiento de Manuel Abad, debido a los movimientos republicanos transpirenaicos que se habrían visto facilitados por la proximidad de la frontera, creando un riesgo de sedición⁴⁵. Así, la diversidad de estrategias de legitimación dio lugar a preocupaciones recurrentes por parte de los poderes establecidos. Las figuras de líderes que consagraron mostraban varios niveles de expresión de la autoridad, desde líderes militares hasta regímenes populares desigualmente instituidos, de los que el caso de las Dos Sicilias ofreció numerosos casos en la primavera y el verano de 1848.

III. LA CONSTRUCCIÓN DE PODERES DISIDENTES: EL CASO DEL REINO DE LAS DOS SICILIAS

Las prácticas institucionales de las autoridades revolucionarias difieren en grado, de las cuales la implementación de los poderes disidentes de origen popular fue un caso límite. Se basaba en la construcción de los líderes insurgentes como reyes del pueblo, aclamados públicamente por sus semejantes. En la provincia de **Tierra del Fuego**, la documentación policial muestra ocho casos de entrega de títulos reales a actores populares, de los cuales sólo uno fue inscrito en los registros nacionales de la revolución, es decir, considerado como una figura revolucionaria destacada⁴⁶. En la primavera y el verano de 1848 proliferaron los nombramientos informales para cargos reales en las afueras de las Dos Sicilias. A falta de documentación específica, es difícil evaluar la duración de estos regímenes y sus logros. Sin embargo, las fuentes policiales y judiciales muestran las condiciones en las que se instituyeron estos poderes. En primer lugar, supusieron

⁴³ CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Sonsoles, *Los sucesos de 1848 en España*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980.

⁴⁴ *La España*, 18 mayo 1848, p. 2.

⁴⁵ *Boletín Oficial de la Provincia de Huesca*, 1.º noviembre 1848, p. 1.

⁴⁶ LUCARELLI, Antonio, «I moti rivoluzionari del 1848 nella provincia di Puglia», *Rassegna Storica del Risorgimento*, n.º39, vol. 1, 1953, p. 5-41.

la captación activa de hombres, organizada internamente en las comunidades de los pueblos. En la provincia de Cosenza, Achille Parise fue nombrado comisario de guerra por los insurgentes, con el fin de reclutar emisarios para levantar grupos armados⁴⁷. Una de las prácticas más comunes consistía en la distribución de dinero para fomentar el apoyo a la revolución y a los regímenes populares. La provincia de Reggio muestra muchos casos, a través de esquemas más o menos organizados: en el pueblo de Calanna, Giuseppe Idone financió el apoyo de una parte de los insurgentes, aprovechando la presión que su hermano Pasquale ejerció sobre el cajero del pueblo para que le proporcionara los fondos necesarios con los impuestos recaudados por el municipio⁴⁸. En Laureana, en julio de 1848, el cajero municipal Lorenzo Pitti malversó el tesoro público para dar fondos a los insurgentes. Estas prácticas no eran exclusivas de los regímenes populares: eran una forma habitual de conseguir apoyo para las insurrecciones, tanto en las Dos Sicilias como en España. En la provincia de Valencia, el médico Manuel Masip utilizó el mismo procedimiento para asegurarse el apoyo de los insurgentes en la región de Alicante: en Fama, repartió 25 onzas de oro a cada uno de los facciosos, para reforzar las filas de los republicanos⁴⁹. La práctica parece haberse extendido lo suficiente como para despertar los temores de los liberales moderados, que acusaron al embajador Bulwer, por ejemplo, de pagar a los revolucionarios andaluces para incitar su participación en la revuelta⁵⁰.

Se utilizaron otros métodos para aislar del resto del reino a las comunidades que iban a convertirse en espacios políticos autónomos. Esto se hizo controlando la circulación de las noticias, lo que impidió que el poder central estuviera informado del progreso de la insurrección. En Paola, ciudad encrucijada en el oeste de la región de Calabria, el robo de vagones de correo por parte de algunos insurgentes en junio de 1848 permitió controlar la transmisión de noticias dentro de la comuna, aislándola del resto del reino⁵¹. Las entidades soberanas abarcaban espacios muy diferentes y estaban sometidas a distintas formas de autoridad. En la provincia de Reggio, el bando de rebeldes de Santa Eufemia, formado en junio de 1848 a partir de la movilización popular rural, se presentó como una estructura de poder formada en el seno de la disidencia calabresa. En julio de 1848, se dotó de un gobierno provisional dirigido por un abogado de Bova, Giuseppe Tripepi, al que se le otorgó la condición de presidente a pesar de que no existía ningún texto legal que prescribiera esta función⁵². El título de rey se confería más comúnmente a estos actores, en la continuidad de las prácticas carnavalescas comunes desde la época

⁴⁷ ASNA, Archivio Borbone, b. 1044, f. 38, *ad nomen*.

⁴⁸ ASRC, Atti di Polizia, b. I, f. 1, *ad nomen*.

⁴⁹ *La España*, 17 mayo 1848, p. 1.

⁵⁰ *La España*, 18 mayo 1848, p. 3.

⁵¹ ASNA, Alta Polizia, b. 1044, f. 38, *ad nomen*.

⁵² ASRC, Atti di Polizia, b. I, f. 1, *ad nomen*.

moderna, que llevaron a erigir en reyes a los héroes de la revolución. La variedad de formas en que se les nombraba —se les denominaba «pequeños reyes» (*piccoli re*), «rey del pueblo bajo» (*re del popolo basso*)— muestra que la función no estaba claramente definida y que los elementos disponibles sobre la naturaleza de estos poderes eran inciertos, aparte del origen democrático de su autoridad. El nombramiento de los reyes del pueblo condujo, por tanto, a la atribución de la autoridad política a notables de estatus político incierto. En el pueblo calabrés de San Demetrio Corone, la tradición local dio el nombre de «Rey Mauro» a Domenico Mauro, hombre de letras de una de las principales familias de notables ítalo-albaneses y figura importante del movimiento radical del sur, a pesar de las ambiciones republicanas que expresó regularmente hasta la revolución de 1848⁵³. Para su compatriota Girolamo De Rada, uno de los principales propagadores de la cultura albanesa en el reino, que por lo demás no veía con buenos ojos a Mauro, esta confusión se explicaba por las cualidades que le atribuía la gente del pueblo. De Rada lo presentó como dotado de «pasiones inteligentes» y «talentos demagógicos», hasta el punto de que «una gran agitación se producía continuamente a su alrededor»⁵⁴. En junio, en un contexto en el que el movimiento radical calabrés se nutría de las protestas contra el giro represivo de la monarquía borbónica, Mauro fue abordado para asumir los primeros cargos de la república proclamada en San Demetrio Corone, reforzado por el título de rey que le confiaron sus compatriotas. En otoño e invierno de 1848 se produjeron otros nombramientos, facilitados por los vínculos locales de patrocinio⁵⁵.

La acción de estos poderes disidentes se centró en la política fiscal, en relación con las apuestas económicas del movimiento *di rivendica*. Primero asumieron impedir la recaudación de impuestos oficiales. En Nicastro, Calabria, el sacerdote Luigi Barini incitó a los habitantes de su pueblo a ocupar el ayuntamiento e impedir el cobro de los impuestos oficiales, durante una predicación política en la primavera de 1848⁵⁶. Además de obstruir la recaudación de impuestos, se implementaron impuestos específicos, definidos de manera desigual. En Seminara, Calabria, el juez Antonio Foti, cercano a los movimientos democráticos locales e implicado en las revueltas locales, impuso un impuesto para subvencionar a los insurgentes y fomentar así la revolución⁵⁷. En julio de 1848, en la provincia de Cosenza, el comité Ricciardi encargó a uno de sus miembros, Bruno Rongelli, la recaudación de los impuestos municipales para la gestión de las tierras comunes⁵⁸. Estas prácticas eran representativas de la acción de los comités revolucionarios, que se arrogaban prerrogativas de justicia, policía y recaudación de

⁵³ CINGARI, Gaetano, *Domenico Mauro...*

⁵⁴ DE RADA, Girolamo, *Autobiologia*, COSENZA, Migliaccio, 1898, vol. IV, p. 13-14.

⁵⁵ DELPU, Pierre-Marie, «Des monarchies alternatives...», *op. cit.*

⁵⁶ ASNA, Alta Polizia, b. 41, f. 290, *ad nomen*.

⁵⁷ ASNA, Archivio Privato Borbone, b. 1044, f. 38, *ad nomen*.

⁵⁸ ASRC, Atti di Polizia, b. I, f. 1, *ad nomen*.



impuestos, basándose en una red capilar formada a nivel de pueblo y apoyada por una parte de las élites locales. En Cassano, por ejemplo, el comité se apoyó en la acción del sacerdote Nicola Minervini: reprodujo un proceso entonces común en las sociedades rurales del *Mezzogiorno*, que reconocía la autoridad de los sacerdotes y los convertía en relevos decisivos de la sedición⁵⁹. Sin embargo, la extensión de estas competencias seguía siendo incierta y limitada, sobre todo a escala de los municipios cuyos límites asumían. En este sentido, cuando Giovanni Battista Carnevale obtuvo el título de rey de Fuscaldo, en Calabria, en julio de 1848, su soberanía no fue reconocida fuera de los límites del municipio. El caso de los reyes del pueblo reveló así la limitada apropiación de la noción de soberanía por parte de los actores populares, mal delimitada de otras experiencias políticas, aunque fueran cercanas, como lo demuestra la frecuente confusión entre realeza y república.

La aparición de jefes y reyes del pueblo fue, pues, una de las formas de apropiación de la política en el contexto del nacimiento de la política moderna, uno de cuyos rasgos principales fue la aparición de un espacio político unificado de dimensiones estatales. Dicho proceso se basaba en lógicas de disenso heredadas de la época moderna, que confiaban el ejercicio de la autoridad a actores locales considerados más capaces de proteger los intereses de sus semejantes que la monarquía centralizada, cuya autoridad se consideraba excesiva y escasa. Sin embargo, las limitadas prerrogativas que se otorgaban a sí mismas, su falta de institución jurídica y la extensión de su mando al espacio restringido de una comuna o una región, situaban a estas autoridades en desacuerdo con las concepciones contemporáneas más comunes, que generalmente se identificaban con los Estados-naciones en construcción. Si bien es innegable que los actores ordinarios han contribuido a la erección de estas autoridades, que se constituyeron sobre el terreno, en realidad son el resultado de complejas lógicas de movilización, enmarcadas en gran medida por una parte de las élites locales cuya dominación consagran. En un momento en el que la entrada de las masas en la política se ha acelerado, la implantación de autoridades informales revela así la desigual apropiación de los modos y códigos de la política moderna.

⁵⁹ DELPU, Pierre-Marie, «How to build a dissident public order. Actors and strategies of the Neapolitan folks' political mobilization during the 1848 revolution», *Rechtskultur. Zeitschrift für Europäische Rechtsgeschichte*, 8, 2019, p. 55-70.

EDITORIAL COMARES. PRUEBAS DE CORR

EDITORIAL COMARES. PRUEBAS DE CORR

EDITORIAL COMARES. PRUEBAS DE CORR